



Un Felipe C. Rojas Madrid

LOS CHARLATANES Y TITIRITEROS EN LA PLAZA DEL LOUVRE



Y nunca la corte había estado más contenta. A ministros adustos sucedían ministros complacientes. A Turgot, que reclamaba reformas, y á Necker, que reclamaba economías, Calonne que todo lo facilitaba, que á todo proveía, que hallaba dinero donde los demás sólo habían tristemente hallado apuros. Él es amigo íntimo de muchos bribones que han acertado á ocultar sus bribonerías tras una elevada posición. Él lleva de frente á los banqueros de Europa que acuden al olor de la carne muerta, sabiendo como las trampas arruinan á las naciones y enriquecen á los particulares. Él tiene parientes opulentísimos dispuestos á hacer topos los milagros propios de la usura. Sus predesores amenazaron con dejar á la luna de Valencia tanto cortesano inútil como gravita sobre las cajas reales; él, más cauto, los tranquiliza á todos, los serena, les ofrece desde la seguridad de su orgullo y con la confianza en su estrella y en su genio, la ventura indecible de seguir arruinando á la nación. Qué felicidad sentiría María Antonieta, desahuciada de continuo en sus pretensiones por los antiguos estóicos, al hacerle un empeño, como decimos en este Madrid de los pretendientes, y observándole, «temo que sea difícil», oír por respuesta, «si difícil está hecho; si imposible, se hará.» Lleno de esperanza, con la alegría en la mirada, la sonrisa en los labios, el cuidado más atento en su persona; de un lujo que contrastaba mucho con las sencillas vestiduras impuestas por el misántropo Rousseau y el cuákero Franklin; de una gracia que hacía odiosa hasta la memoria del ascetismo filosófico de Turgot y la dureza calvinista de Necker, de una fuerza persuasiva que se llevaba de calle á las gentes, de una elocuencia que desvanecía todos los tristes presentimientos de un poder que gastaba diariamente cuatro millones de reales, Calonne había borrado la palabra «imposible» del diccionario de la Hacienda.

Pero ¿de dónde salían estas misas? ¿Qué diablo de mina había encontrado el ministro de Hacienda? Eso no lo preguntaba nadie. Se había perdido la fe en los milagros de la religión, pero nació una fe vivísima en los milagros de la Hacienda. Cuando se veía á unos subir en el montgolfiero á las regiones superiores de la atmósfera, y á otros, metidos en la campaña del buzo, descender á los abismos insondables de los mares; cuando en la retorta del químico se acababan de encontrar nuevos gases y en las botellas del físico las chispas del rayo que obedecían á la mano del hombre; cuando el magnetismo se esparcía por los nervios y los renouvaba hasta dar visiones sobrenaturales á los ojos y ethérea transparencia á los cuerpos; el hombre imaginaba que tenía un poder divino sobre la Naturaleza y que era un agente creador en el seno de la creación. Pues qué, ¿no acudían las gentes en tropel á las cadenas eléctricas de Mesmer, cuyos sacudimientos daban la eterna juventud? ¿No iban los diplomáticos más almidonados á oír al conde de San Germán, testigo de todos los tiempos, actor de todas las tragedias históricas, contemporáneo de todos los hombres ilustres, para oírle como estaba el Foro romano el día que mataron á César y qué tal fué aquella tempestad de la tarde en que agonizaba Jesucristo? La vida ethérea, el ascenso de



este planeta á otro planeta, los filtros de la juventud eterna, las esperanzas en la inmortalidad, la reducción de un rayo de sol al encierro de un pomo de cristal, el encuentro de seres fantásticos en la inmensidad del espacio, las resistentes alas para nuestro cuerpo á fin de volar más lejos que las águilas, y la segunda vista para nuestra retina á fin de conocer hasta las entrañas del corazón humano, la florescencia de la tierra en una primavera perpetua; todo esto y mucho más parecía posible al hombre en aquella época gigantesca de universal transformación. Reinaba un iluminismo, un misticismo humanitario que habían facilitado el pararrayos de Franklin, el genio de Lavoissier, el globo de Montgolfier elevándose como la nube del Tabor para llevarse al hombre hacia los cielos. Unos creyentes misteriosos, que se decían venidos de las Pirámides de Egipto, del templo de Salomón, de las laderas del Libano, de la orden de los templarios, perdíanse en misteriosos subterráneos, como si de este nuestro globo pasaran á otros globos, y de allí, después de haber buscado la estrella misteriosa entre las tinieblas formadas por el humo que los esclavos quemaban á los déspotas, se entregaban á la meditación y á las contemplaciones de las cosas eternas en cámara tendida de paños negros sobre los cuales se destacaban blancos esqueletos y á la orilla de los sarcófagos sobre los cuales se levantaban monedadas calaveras; y á través de todas estas pruebas erigían el templo invisible al visible arquitecto del universo; cuyo símbolo resplandecía en el triángulo refulgente como el sol, donde resaltaba en las letras hebreas el nombre incomunicable de Jehová. Todo esto se conjuraba para infundir la idea universalmente extendida de que las sociedades secretas lo minaban todo, lo regían todo, estaban á un mismo tiempo en todas partes. Las gentes creían que guardaban en depósito las fuerzas mágicas y las fuerzas demoniacas del universo; que componían filtros los cuales daban á la sangre un calor tropical y una vida exuberante á las venas; que forjaban oro en el crisol de sus cocinas alquímicas; que doblaban el tamaño de los diamantes; que podían subir de estrella en estrella hasta la lumbrera misma del sol y allí cobrar toda la intensidad de una segunda vida animada por la llama de un nuevo y luminoso espíritu.

A estos sectarios se unían los iluminados con tendencias aún más políticas y con liturgias aún más extrañas. Los temperamentos exaltados, las mujeres nerviosas, los jóvenes de imaginación y de sensibilidad se unían á tantas sectas y tomaban, no sólo por verdaderos sus dogmas, sino por ciertos é indudables sus milagros. En las cortes de Alemania se oía por los mármoles de los grandes corredores barrer á las escobas de las brujas, y en las cámaras imperiales y reales aparecían las damas blancas que anunciaban la muerte de los príncipes de la dinastía. El Apocalipsis realizaba y encarnaba en los hechos, según la creencia general. Los muertos dejaban sus sepulcros y venían al comercio con los vivos. Nuevos seres surgían como las mariposas surgen al calor de los primeros días de Abril. Por todas partes se levantaban profetas, hierofantas, reveladores iluminados. Fundábanse palacios destinados á círculos mágicos de electricidad con salones cubiertos de brillante

sedería almohadillada, donde el resplandor de extrañas luminarias, el aroma de embriagadoras esencias, al compás de suaves músicas, al eco de armoniosísimos coros danzaban los poseídos del magnetismo hasta caer rendidos, unas veces en los espasmos de la epilepsia y otras veces en los delirios y arrobamientos del éxtasis. Fingíanse árboles magnetizados que difundían bajo sus ramas, dignas de figurar en el jardín de Armida ó en la isla de Circe. Sueños henchidos de místicas visiones. Una especie de profeta, que detestaba el mundo como si fuese un cenobita, que se acogía á la soledad como cualquiera de los precursores evangélicos ó de los profetas bíblicos, que aparentaba decir una cosa para que otra muy distinta se entendiera, digno de continuar aquellos ensueños de Bhoerne y de dar aquellos sus fantásticos paseos por las altas esferas, como ángel de un nuevo Apocalipsis, arrojaba entre la sociedad moderna que nacía, después de haber rudamente criticado la sociedad antigua que se desplomaba, esta tempestuosa palabra: «Todos los hombres son Reyes.» En semejante crisis de los ánimos, en tal exaltación de los caracteres, en las agitaciones de Pitonisa que sobrecogían á la conciencia humana, como en los primeros siglos del Cristianismo, figuraos qué de prosélitos no arrastraría en pos de sí el conde misterioso Cagliostro, bendecido por Lavater como providencial redentor, llamado en unas partes Bálamo, en otras Fénix, aquí con un nombre clásico y allá con un nombre egipcio; profeta y aventurero; filósofo y prestidigitador; dispuesto así á un sermón como á un escamoteo; capaz de robaros el corazón del pecho con su elocuencia semi bárbara y de la bolsa el dinero y aun el reloj con sus habilísimos dedos; alquimista y médico; astrólogo y astrónomo; sabio y sicofanta; caballero de rosa-cruz y caballero de industria; que así podría pasar por un templario escapado de las persecuciones realistas, como por un criminal escapado de los presidios de Africa; habitante de una casa misteriosa donde reinaba el crepúsculo, y sectario de una secta desconocida donde reinaba el misterio; enemigo de la iglesia y amigo de los cardenales; enemigo de la monarquía y amigo de los Reyes; explotando á todas las sociedades secretas que lo mantenían como un Nabad de la India y haciendo creer que debía sus riquezas al arte de encontrar el oro, y que debía su ciencia al vuelo diario en alas de siete arcángeles á los siete planetas, y al comercio con hermosas doncellas encerradas en capillas tendidas de raso blanco bajo la denominación de palomas que le contaban arcanos del cielo y le servían con su nigromancia y sus sortilegios para conseguir la regeneración física y la regeneración moral de los hombres: que á tales desvarios conduce irremisiblemente todo fanatismo.

Volviendo al ministro, cuyo arte mágico de encontrar dinero tanto nos ha sorprendido y extrañado, sin que sorprendiera y extrañara á los mismos destinados á ser de él propiciatorias víctimas, diremos que su habilidad se convirtió en una mina inagotable para el monarca y en una maravilla propia de un cuento de hadas para la corte. En efecto, las reformas de mayor importancia para los ciudadanos humildes quedan abolidas y restaura-